

Sr. Felipe GONZALEZ (Presidente del Gobierno, España): Señor Presidente, Excelentísimos Señores, Señoras y Señores, durante 15 años la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa ha sido testigo fiel de los avatares de Europa, a la vez que protagonista al preparar el terreno para los profundos cambios que han ocurrido en el continente.

La CSCE inicia hoy una etapa cuantitativamente nueva: si durante un largo período ha servido para amortiguar la confrontación de los bloques estableciendo pautas de comportamiento, de lo que se trata en este momento es de superar toda idea de bloques enfrentados, mediante la búsqueda en común de objetivos que nos permitan compartir seguridad y cooperar en todos los ámbitos y sobre la base de valores asumidos por todos, tales como la libertad de la persona y el pluralismo político.

En los últimos años, con tiempos distintos al Oeste y al Este se ha operado en los pliegues profundos de nuestro continente un cambio de tendencia del mayor calado. Me refiero al hecho de que Europa está recuperando su vocación.

La historia de Europa puede leerse como la crónica de un largo camino hacia la unidad desde la diversidad; como un forcejeo constante de enorme creatividad entre entidades particulares sobre un trasfondo común.

Fue, sin embargo, la exaltación de las diversidades nacionales la que nos condujo al paroxismo de la rivalidad, con dos conflictos que arrasaron el continente en el curso de una generación.

Los efectos de la Segunda Guerra Mundial, que se han prolongado hasta nuestros días, actuaron como una catarsis colectiva que nos obligó a recuperar la perspectiva.

Ahora, apagados los ecos de la guerra fría, estamos por vez primera en condiciones de pactar en nuestro continente un compromiso nuevo entre unidad y diversidad.

Sr. González

La consecuencia más jubilosa del nuevo rumbo de Europa ha sido la reconciliación. Primero, en Europa occidental. La inversión de la perspectiva, el anteponer lo mucho que nos unía a lo poco que nos separaba, llevó a la creación de la Comunidad Europea, que se ha convertido en un punto de referencia esencial en la nueva arquitectura que estamos diseñando para el continente.

En estos días sellamos con solemnidad la segunda reconciliación, el reencuentro iniciado en Alemania entre los antiguos rivales del Este y del Oeste. Esta doble reconciliación tiene un significado profundo que importa señalar: se trata ni más ni menos de la restitución de Europa. Por fin la vocación europea va a coincidir con nuestra voluntad de hacer Europa. Por fin la vieja Europa va a estar en paz con los demás y consigo misma.

Este es el nuevo talante de Europa, del que la CSCE deberá hacerse intérprete. Tendrá también que responder a algunas necesidades colectivas. Dos me parecen de mayor urgencia: construir un espacio común en Europa y asegurar la estabilidad general de nuestro continente.

El espacio común ha de ser un ámbito en el que los países de Europa, junto con Estados Unidos y Canadá, podamos instaurar una nueva convivencia. Deberá articularse sobre la base de nuestros principios comunes y el desarrollo de algunas dimensiones colectivas. La dimensión colectiva que hemos de privilegiar es la cooperación en todos los campos: en la economía o la energía, la ciencia, la tecnología, el medio ambiente o la cultura.

Los preceptos comunes son las disposiciones del Acta Final de Helsinki. El compromiso que en esta Cumbre renovamos con sus 10 principios se resuelve en el fondo en la adhesión de todos nosotros a la democracia dentro de nuestros países y en nuestras actitudes respecto a otros pueblos de Europa y del resto del mundo.

Europa debe trabajar por la promoción universal de los derechos humanos y de las libertades fundamentales. Todos somos conscientes al mismo tiempo de que Europa necesita ahora, y va a necesitar en el futuro, estabilidad. La CSCE está llamada a convertirse en su más sólida garantía

colectiva. Necesitamos un marco de estabilidad para acoger los cambios que se están produciendo en Europa y amortiguar sus desajustes. Por ello, debemos evitar cualquier tentación que nos conduzca hacia nacionalismos exacerbados. Necesitamos un marco de estabilidad para edificar en Europa un nuevo orden de paz.

Uno de los caminos más seguros hacia la paz sólida y duradera es el desarme. El Tratado sobre Fuerzas Convencionales en Europa que hemos firmado los 22 países miembros de una y otra alianza es un paso importante en el proceso de transformación hacia estructuras de fuerza y doctrinas y carácter defensivo. En el futuro inmediato hemos de proseguir nuestros esfuerzos para que la negociación entre los 22 países pueda alcanzar resultados adicionales sustantivos de cara a la reunión de Helsinki de 1992. En esta reunión se deberá asimismo adoptar un nuevo mandato que permita continuar las negociaciones de desarme abiertas a los 34 Estados participantes en la CSCE. De igual manera, tendremos que proseguir de inmediato las negociaciones para profundizar las medidas de confianza militar, aprovechando el impulso adquirido con el conjunto de medidas que se acaban de acordar.

Para que la CSCE pueda cumplir sus funciones será preciso dotarla de un soporte institucional suficiente para asegurar su eficacia, sin incurrir en su burocratización. Con la creación de un mecanismo de consultas regulares incorporaremos a nuestro espacio común la dimensión de un diálogo político sostenido; con la futura Asamblea de Europa añadiremos la dimensión parlamentaria.

A este respecto, me complace anunciar que próximamente el Presidente del Parlamento español transmitirá una invitación a los demás Parlamentos de los Estados participantes en la Conferencia a fin de mantener una reunión en los primeros meses del próximo año con objeto de intercambiar ideas y hacer propuestas acerca de la composición y métodos de trabajo de ese foro parlamentario.

En éste y en otros capítulos, la experiencia y la tradición del Consejo de Europa, organización que agrupa a la gran mayoría de los Estados participantes en la CSCE y que sin duda está llamado a reunir, más tarde o más temprano, al conjunto de los países europeos, será un elemento esencial.

Sr. González

El nuevo orden europeo que la CSCE habrá de erigir será perdurable, Sr. Presidente, en la medida en que sea justo. Difícilmente podremos construir un orden sólido sobre bases no consistentes. No podemos prolongar la existencia de vestigios anacrónicos de órdenes antiguos, que son incompatibles con la nueva Europa que queremos construir. Por estas razones, confiamos en que por medio del proceso negociador establecido entre el Reino Unido y España podremos resolver el contencioso de Gibraltar.

La CSCE tiene que ser consecuente con la responsabilidad de Europa en el mundo, como ayer recordaba el Secretario General de las Naciones Unidas. En lugar de perseguir una Europa ensimismada, debe apostar por una Europa abierta, solidaria y sensible a la interdependencia. En el pasado, el mundo estaba condicionado por las relaciones conflictivas entre nosotros, entre el Este y el Oeste; en el futuro, va a estar determinado por nuestras relaciones con los demás, y en especial con los países que conforman el Sur de nuestro planeta común.

Para nosotros, españoles, esto quiere decir en particular que Europa tiene que asumir la responsabilidad que le corresponde de contribuir a la consolidación democrática y al desarrollo de los países de América Latina que también son una prolongación en la lengua, en la cultura y en los valores de Europa, más allá del Atlántico. Como se afirma de Canadá y de Estados Unidos.

Es evidente que para nosotros Europa es ante todo el Mediterráneo, que estoy convencido va a ser cada vez más una dimensión primordial de nuestro continente. De ahí que hayamos propuesto que el espíritu y el método que tanto éxito han tenido en el ámbito de la CSCE se apliquen de forma apropiada al Mediterráneo.

Esta preocupación por lo que ocurra al sur de nuestras fronteras se ve dramáticamente resaltada por la crisis que se vive en la región del Golfo como consecuencia de la invasión y la ocupación de Kuwait por parte de Iraq. Ese es un desafío para todos nosotros y para el nuevo orden de paz que hemos de afrontar conjuntamente conforme a las decisiones y a las directrices marcadas por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

Señor Presidente, Europa está al final de un ciclo histórico y al comienzo de otro. Se encuentra en una prometedora fase de transición en ese difícil camino hacia la unidad desde la diversidad. Estamos a la búsqueda de una nueva convivencia que supere la mera coexistencia. Creo que todos intuimos que estamos en el umbral de algo nuevo. Nos vemos, sin embargo, todavía como epílogo, como secuencia de un tiempo pasado. Sabemos de qué somos herederos, pero ignoramos de qué somos precursores. Por mi parte, presiento y deseo que lo que estamos viviendo sea la construcción de una Europa que es a la vez una herencia pero también una esperanza. Que es una convivencia restaurada pero también una ambiciosa tarea común. Un noble proyecto colectivo.

Permítame agradecer a la presidencia de la República Francesa y al Gobierno francés el esfuerzo por organizar y realizar esta Conferencia, cuya iniciativa tuvo hace algunos meses el Presidente Gorbachov y que apoyamos decididamente desde el momento en que surgió.

